

Salve, bendita paloma, que trajiste el consolador ramo de verde olivo.

Salve, Iris bellissimo, que á todos alegraste anunciando próxima serenidad.

Salve, jardín amenísimo, que viniste á hermohear nuestro suelo con la variedad de tus flores.

Salve, arca venturosa, que descansando en el noble Tepeyac, hiciste presentir el término del diluvio.

Salve, á tí, SANTA MARÍA DE GUADALUPE.
Los cielos y la tierra te bendigan,
Y gloria y esplendor den á TU NOMBRE;
Todos, todos, con voz potente digan,
Aunque á Luzbel asombre,
Los timbres de tu historia placenteros
Y los muestren á los siglos venideros.

Tercero. El tercer modo de expresar á la Virgen la gratitud por sus beneficios es de obra, consagrándole, v. gr., coronas, cera, ó contribuyendo, por una ú otra vía, al mayor esplendor de su culto.

El culto de María Guadalupeana constituirá el objeto del

CAPITULO VI

Tercer consecuencia de la Aparición: culto á la Virgen María

Es de advertir y lamentar la música ó cantinela de algunos que alardean de muy católicos y, sin embargo, saltan á lo mejor llenos de gravedad: *lo único de que no soy partidario son las exterioridades.*

No es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano. ¡Friolera! . . .

No ha mucho conversé un buen rato con cierto católico, digámoslo así, y cuando yo le iba juzgando y suponiendo ya tan virtuoso como un patriarca, dice el bueno del hombre: *detesto sólo la confesión; hace veintiseis años que no me con-*

fieso con ningún sacerdote. Confíesome con Jesucristo.

¡Caramba! ¡Y estaba yo resolviéndome á solicitar de Roma que le canonizaran en vida! . . .

Pues otro encontré que me dijo: *estoy conforme con los ritos y ceremonias de la Iglesia; pero que los sacerdotes guarden continencia, eso no. . . .*

¡Caracoles! ¡Se queda uno turulato! . . .

Y siguen otros diciendo: *adoramos á Dios in spiritu et veritate. . . . Lo demás es pura hipocresía.*—Por donde conocerá el lector que ni saben qué es la verdad ni entienden palabra de espíritu. . . . si no es de espíritu de vino.

Se oye á muchos clamar: *está bien el culto, pero que sea libre.*—Los cuales gritando ¡libertad! ¡libertad!, sólo tienen gusto en atar los brazos á la Iglesia, madre de la única libertad verdadera y santa.

No pocos dicen: *sobran los templos*

basta el de la naturaleza, que cuenta por luces las antorchas del firmamento.—Y así van teologuizando los que ni el catecismo conocen.

Repiten bastantes: *todo me place, excepción hecha del culto de las imágenes, que me suena á. . . . idolatría.*—Y éstos imitan al^que, renegando de todo respeto á las sagradas imágenes, encendía dos velas al retrato de Napoleón. . . . *Spectatum admissi, risum teneatis amici?*

Triste es recordar palabrería tan desatinada. Alegre, empero, es comprender que Dios por caminos, ya recónditos, ya claros, ordena todo mal á la consecución de algún bien.

Si no hubiera tiranos, no resplandecería en el cielo de la religión la aureola de los mártires.

Si nunca hubieran existido errores y herejías, careceríamos de insignes monumentos científicos.

En fin, á no seguirse bienes, no permi-

traría el supremo Gobernador de los orbes la ejecución de algún mal.

La última consideración, que es de San Agustín, explica el por qué de la providencia *permissiva* del Señor, y esa lucha tremenda entre el bien y el mal, la ciudad del mundo y la ciudad de Dios, lucha comenzada desde el temeroso instante en que se pronunció el *non serviam*: «No serviré; sobre las estrellas del cielo exaltaré mi trono, sentaréme sobre el monte del Testamento, situado al lado del Setentrión, sobrepujaré la altura de las nubes, semejante seré al Altísimo.» Y el combate que se trabó entre los ángeles, se dejó ver en la tierra entre los hombres y se continúa de siglo en siglo, de generación en generación.

Por eso la historia de lo pasado es luz para el porvenir, y nos enseña que nada hay nuevo en el mundo, ó de otra forma, que
El mundo ha sido siempre de una suerte,

Quien mira lo pasado,
Lo porvenir advierte.

De aquí que, como el error sobre el culto religioso es antiguo, antigua es también la apología del mismo culto en sí y con relación á las imagenes y al lugar, etc.

La índole de nuestra obra nos debe dispensar de entretenernos en ofrecer aquí el cuadro apologético del sagrado culto.

Desahogada un tanto el alma con las reflexiones que anteceden, vengamos ya á la capital idea, que es el culto de la soberana Reina del Tepeyac.

Hemos hablado del amor que los mexicanos deben tenerla y de la gratitud, consecuencia de ése amor. Pues si el culto es á su vez natural resultado de la gratitud, si es su último aspecto y su manifestación clarísima, huelga ponderar la obligación del primero cuando está evidenciada la necesidad de la segunda.

Sencilla es la argumentación, y un escolástico la representaría con la facilidad, brevedad y claridad siguientes:

Los *pueblos del Anáhuac* deben dar testimonio de su *amor y gratitud* sinceros á la Virgen del Tepeyac:

El *culto* es el espejo en que reverberan aquel *amor y gratitud*:

Luego los *pueblos mencionados* deben tributar *culto* á la Virgen aparecida en la cumbre del Tepeyac.

Pero ¿quién jamás dudó ó halló dificultad referente á la argumentación anterior? Si alguna vacilación existiere por acaso, versaría acerca de la modalidad del mismo culto.

Digo, pues, que ha de honrarse á Nuestra Señora de Guadalupe mediante un culto esplendorosísimo. Lo cual tampoco admite duda.

Me aventuro, finalmente, á asentar cierta proposición, no tan clara como las enunciadas, ó al menos, no tan fácil de

comprender y admitir, á saber: la Nación Mejicana está más obligada que ninguna otra nación del globo terrestre á testificar, por medio del esplendor y la magnificencia del culto, cuán altamente es deudora á la Madre de Dios y de los hombres.

En efecto, culto magnífico y esplendoroso le debe España, á quien regaló su propia imagen la Virgen al pié de las corrientes aguas del caudaloso Ebro.

Culto magnífico y esplendoroso le debe Francia, á quien la Virgen distinguió en ocasiones múltiples y en cuyo suelo se dignó aparecer á Bernardeta, no ha mucho, prometiendo favorecer al pueblo de San Luis Rey. En Lourdes glorifica María á Francia.

Culto magnífico y esplendoroso le debe Italia, á quien mostró predilección con la portentosa Aparición en Pompeya. Pompeya es el Lourdes de Italia.

Culto magnífico y esplendoroso deben asimismo tributarle todos los pueblos

católicos, porque todos bebieron, sin duda, de la fuente de sus misericordias. Arriba se ha visto que las naciones la aclamaban á porfía Reina y Madre y Protectora suya especialísima. Y siendo élla medianera entre el cielo y la tierra, cada república juzga haber sido cobijada, sobre todas las demás, por el manto de María; cada una representa las apariciones allí verificadas, los milagros obrados, las batallas ganadas....

Pero en medio de esa contienda, gloriosísima para la Reina Inmaculada, resuena la voz de un Pontífice Máximo, sapientísimo y virtuoso, que, refiriéndose á los dones otorgados por María á la Nación Mejicana, dice así: *no hizo tales maravillas con ninguna otra nación—Non fecit taliter omni nationi.*

A este propósito, escribe un docto oratoriano: «justamente la *graba* la devoción aquel hemistiquio de David: *Non fecit taliter omni nationi.* Ha hecho tales cosas

con otras naciones, sí, pero no de esta manera.»

La devoción *la graba* aquel hemistiquio, apoyada en la autoridad del aludido Pontífice, que fué Benedicto XIV. Guiados por el Vicario de Jesucristo, nos es dado repetir: *Non fecit taliter omni nationi.*

La Virgen se manifestó prodigiosa con España, Francia, Italia.... con cien naciones en el trascurso de los siglos; pero más prodigiosa se manifestó con Méjico: *Non fecit taliter omni nationi.*

Obligados nos vemos á confesar, después de bien examinadas las circunstancias: *Non fecit taliter omni nationi.*

¿Qué se ha de colegir de todo? Que Méjico, para corresponder en el grado conveniente á la señaladísima distinción de María, debe por su parte ofrecerle un culto tan esplendoroso, tan magnífico, tan sobresaliente, que todas las naciones del mundo se vean movidas á exclamar: *Non facit taliter omnis natio*—no hay nación que

iguale á Méjico en honrar y alabar y glorificar á la bienaventurada Virgen.

Salga, pues, del corazón de todos los moradores del Anáhuac la siguiente ó parecida estrofa:

Si tuviera de rosas mil guirnaldas
Para adornar tu solio, Madre mía,
Y de lirás del cielo perfumadas
Torrentes de armonía,
Mis cantos te elevara en raudo vuelo,
Resonando en las bóvedas del cielo.

Nunca habíamos abrigado la menor duda acerca del esplendor que la República Mejicana ostenta siempre que de la Virgen se tratare. Ahora agregamos, que es dulcísimo ver el entusiasmo, que en todo lugar y en todo tiempo existe para con la Reina del Tepeyac, Santa María de Guadalupe.

Ese culto, lejos de amortiguarse, va en aumento y hace prever que algún día ha-

yan de pronunciar, maravilladas, otras regiones: *Non facit taliter omnis natio.*

Comenzó el culto á raíz de la Aparición; le impulsó vigorosamente el V. Zumárraga; le defendió y consolidó el enérgico Montúfar, devotísimo de la Guadalupe; se fué acrecentando de día en día; y al alborear el siglo XX, advertimos que el culto subió al apogeo de su magnificencia.

Ofrecen sobre el particular indubitable argumento los santuarios, las peregrinaciones, las congregaciones guadalupanas y la coronación, por no enumerar más que uno que otro indicio del refulgente culto tributado á la Virgen del sacro Tepeyac.

SANTUARIOS.—En la Villa de Guadalupe hemos tenido el honor y el gusto inmenso de visitar los dos santuarios, el del Cerrito y la Colegiata, además de la pequeña gruta que entre ambos se halla, uada en la subida del Cerro. En 1

tres hemos sentido muy tierna y grata emoción, como si entonces tuviéramos la dicha de ver á la Virgen benditísima y de escuchar sus consoladoras promesas de favorecer á los que de veras la invocan.

La Capillita ó Gruta del centro convida á la soledad, al silencio, á la contemplación religiosa, y suscita alegres recuerdos, como los de Nuestra Señora de Covadonga, de Monserrat y de Lourdes, etc., seguros testimonios de cuanto ama la Virgen el apartamiento del mundanal ruido.

La Ermita del cerro es hermosa y está graciosamente engalanada. Al atravesar los umbrales de sus puertas, que miran hacia la banda del Mediodía, sobrecoge misterioso recogimiento, más fácil de sentir que de explicar. Al espíritu sobrevienen también recuerdos, que elevan y recrean en el Señor. Los montes más notables por su enlace con la redención

humana se vienen á la memoria en seguida. Allí el sangriento Calvario, allí el Olivete angustioso, allí el resplandeciente Tabor. ¡Oh Tepeyac! exclama súbitamente el alma de los peregrinos.

¿Qué diré de la Colegiata? Al contemplar su majestad acompañada de tanta hermosura; su grandeza revestida del buen gusto; su unidad severa entretrejida de rica variedad; la combinación harmónica de la luz, las sombras y los colores, se ocurre afirmar que Santuario tan excelente recibió de Egipto lo grandioso, de Roma lo fuerte, de Grecia lo brillante y del Cristianismo lo perfecto.

Lo más admirable en la Colegiata no es ni su hermosura, ni su variedad, ni su decorado tan abundante en oro purísimo, ni sus elegantísimos adornos, sino la Imagen que la Madre de Dios puso en manos de Juan Diego. Al ver aquella Imagen, el corazón se conmueve de alegría, y los ojos se bañan en lágrimas de ternu-

ra. En estos momentos se representa la historia de varios siglos, la caída de un populoso imperio, la suerte á que la Providencia redujo á los habitantes del Anáhuac, mil retablos en que la calamidad hállase mezclada con la fortuna. Lo que llama sobre toda otra nota la atención, es el papel que la Estrella del Tepeyac desempeña á través de esa historia y en medio de retablos tan variados. Fija la vista en la divina Imagen, descúbrese un mundo de ideas: idea del paganismo vencido, idea del Cristianismo triunfante, idea de la Virgen Guadalupana que, resplandeciendo en el Tepeyac, colocó la cruz sobre las ruinas del ídolo.

¡Trilogía maravillosa! Desenvuélvase y se descubrirán largos períodos de años y se palparán arcanos profundos.

Si por mi gusto fuera, no apartaría yo ahora mi consideración de la insigne Colegiata. ¡Qué inefable dulzura ocasional! Se respira allí atmósfera santa, porque

fué santificada aquella tierra por la Virgen.

Aun no hemos salido de la Villa de Guadalupe. Si hubiéramos de consagrar algunas líneas á los innumerables santuarios, capillas y altares, que en todo el orbe están dedicados á la Reina del Anáhuac, fuera negocio interminable.

PEREGRINACIONES.—Es muy de alabar el interés que los diferentes Estados de la República muestran por acudir en peregrinación al Tepeyac, á visitar la Imagen entregada al venturoso Juan Diego y conservada tan prodigiosamente. *Bienaventurados los ojos que te vieron*, dijo el gran Montúfar en un sermón famoso relativo á Guadalupe.

Esas frases son repetidas por cuantos logran acercarse á la bellísima Imagen, y pronunciándose en pueblos, villas y ciudades, suscitan en doquier vivísimo deseo de ver el celestial tesoro, aconteciendo que ciudades, villas y pueblos claman:

¡al Tepeyac! Sí, ¡Al Tepeyac! á contemplar la resplandeciente Estrella de Iacob.

El 12 de cada mes, uno ú otro Estado va á la Colegiata en peregrinación. La de San Luis Potosí se efectúa en el mes de Noviembre; fué la del corriente año la *novena*, y me ha cabido la suerte y el honor de pertenecer al número de los peregrinantes.

CONGREGACIONES. — Numerosísimas se han formado, no sólo en los ámbitos de la República Mejicana, sino en toda la América Latina. Y si pasamos á Europa y preguntamos si allí es venerada la Virgen del Tepeyac, se nos responderá: recorre los reinos y las ciudades y las aldeas, y hallarás indicios poderosos del sincero afecto, del loable culto que de los europeos recibe esa Reina soberana. Aquí hallarás una congregación Guadalupeña, allí un santuario, en esta ciudad una capilla, en la otra un altar, y en casi todo

lugar una imagen, retrato fidelísimo de la regalada á Juan Diego.

CORONACIÓN.—El ardiente amor y el creciente culto de los mejicanos á su Especial Protectora, no se detuvo hasta alcanzar del Romano Pontífice licencia para coronarla.

Una corona es prueba ó de altísima dignidad ó de algún acto sobremanera heróico, ó es el premio de un bien grande, extraordinario, que no llega á realizar sino uno que otro individuo en memorables y contadas ocasiones.

Son coronados los reyes y emperadores.

Son coronados los admirables guerreros.

Son coronados, finalmente, los que en distintos órdenes se destacan ó por la dignidad, ó por el valor, ó por la ciencia ó la virtud.

También las imágenes son coronadas. Entre las imágenes de la Virgen san-

tísima lo fueron algunas de las más prodigiosas, de aquellas hacia las cuales sienten y manifiestan los pueblos mayor veneración y á las que honran con entusiasmo especialísimo.

La Reina del Tepeyac es del número de las coronadas. ¿Qué se debe inferir de este singular acontecimiento? Que el mundo la aclama como á una de las Vírgenes más portentosas y á quienes más espléndido, continuo y distinguido homenaje se rinde.

La coronación de María Guadalupana es, por consecuencia, norma clara y segura para juzgar que el culto á la *Aparecida* en el Tepeyac subió al apogeo de su gloria.

El 12 de Octubre de 1895, fecha de la Coronación, servirá á las venideras generaciones de faro luminoso para apreciar cómo se fué elevando, aumentando, perfeccionando aquel culto que los indios comenzaron al pie de una colina solita-

ria por los años de 1531, diez años después que un héroe español despojó de su independencia al Imperio más rico y floreciente del extensísimo Continente Americano.

Natural parece añadir que la áurea corona no tiene rival como artística, en el Nuevo Mundo, en sentir de los inteligentes. Es una maravilla.

Contiene veintinueve libras castellanas, y su valor intrínseco alcanza ochenta y cinco mil pesos.

Asistieron á la coronación treinta y ocho ó cuarenta Prelados, siendo diez de ellos Arzobispos; cien presbíteros, y cincuenta mil fieles: cifras muy considerables, atendidas las circunstancias.

Al ser coronada María, una salva de *vivas!* demostró cuánta es la devoción, cuánto el amor de los mejicanos para con su Abogada, su Apóstol, su Consuelo y su Guía indefectible: María de Guadalupe.

¡El Señor y la misma hagan que los mejicanos pronuncien cada día con nuevo fervor aquel *viva!* y que el eco de esa voz repercuta en toda la América y en los pueblos también del Mundo Antiguo!

CAPITULO VII

Paz de los mejicanos debida á Santa María de Guadalupe

Es la paz precioso y riquísimo bien, que apetecen y buscan los seres todos y en que dulcemente reposan una vez alcanzado.

Concretándonos al hombre, es cierto que cada uno de los individuos, que forman la prolongada cadena de las humanas generaciones, á la adquisición de la paz tiende, y por obtenerla se afana y sacrifica.

El soberbio, que ansía la gloria y el

honor mundanal; el avaro, que sueña en amontonar deleznable riquezas; el voluptuo que fija su vista en los pasajeros deites corporales; el iracundo, cuyo corazón no se aplaca hasta hollar con su planta al enemigo; el glotón, para el que no existe otra divinidad que su vientre todos ellos pretenden alcanzar la paz, esa paz de su turbulenta pasión, que les solicita y declara perpetua guerra.

Si el astrónomo pasa noches desveladas por contemplar el curso harmónico de los astros y sorprenderlos en sus revoluciones; y el aereonauta se lanza animoso á las regiones etéreas, expuesto á riesgos peregrinos, disputando á las avejillas sus senderos; y el geólogo trabaja paciente para descubrir en los pliegues terrestres la formación y antigüedad de nuestro diminuto planeta; y muchos se afanan por abrir un camino en los abismos del mar; y otros se desviven en mil linajes de materias. . . . ¿qué anhelan todos éstos? Calmar asimis-

mos una aspiración del alma, que no les permite el reposo.

De la paz escribió Silvio Itálico ser la cosa inás excelente—*pax optima rerum*. Y por tan gran bien la tenía el Vate Mantuano, que profirió la memorable sentencia: «no hay felicidad en la guerra: todos pedimos la paz»—*nulla salus bello: pacem depossimus omnes*.

Se lee de los egipcios, que representaban á Plutón, á fin de significar las dulzuras de la paz, bajo la forma de un niño coronado de espigas, laurel y rosas.

En fin, «ven á nosotros, paz santa, . . . y caigan frutos en abundancia de tu rico seno», es la exclamación, que sale espontáneamente del corazón de todos los mortales.

Pues de ese bien tan amable, tan dulce, tan dichoso, se halla gozando ahora la noble República Mejicana. En efecto, no se palpan en ella aquellas luchas intestinas que desgarran otras naciones; no esas

huelgas pavorosas, que ocasionan terror profundo; no esos tumultos, que avanzan de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, de provincia en provincia, sembrándolo todo de discordias, de ira, de venganza, de odio y de exterminio. Lejos de esto, en Méjico hay sosiego, quietud inalterable, paz no turbada.

¿Quién es el autor de tanta paz en esta dilatada República? Nuestra Señora de Guadalupe.

Así lo reconoce León XIII en hermoso documento, que dirigió al Episcopado Nacional con fecha 2 de Agosto de 1894. Después de advertir que había mandado, ya años antes, que fuese *coronada en su nombre y con su autoridad la Augusta Reina Guadalupeana*, añade: «Con esto, Venerables Hermanos, nos es grato manifestarlo, quisimos dar testimonio de la gran satisfacción que nos causa la íntima concordia, que del mismo modo que en vuestra jerarquía, fe-

jizmente reina entre el pueblo todo y el clero».

Juzgamos que cualquier Nación católica, como lo es Méjico, disfrutará de paz sabrosísima, si el pueblo y el clero estuvieren perfectamente unidos entre sí y con los Prelados, esto es, los Obispos, y á la vez los últimos lo estuvieren con la Cabeza Suprema de la Iglesia. Y tal es la situación de la República Mejicana, según lo manifiesta León XIII. El cual, á continuación asigna, recordando el parecer de los Prelados de Méjico, á la Virgen del Tepeyac como *Autora y Conservadora* de la mencionada unión, y luego exhorta á toda la Nación, apoyado en aquella causa, á venerar y amar á tan buena y misericordiosa Madre.

He aquí las palabras del Pontífice Máximo: «Siendo así que vosotros mismos reconoceis como *Autora y Conservadora* de esa gran concordia de los ánimos á la piadosísima Madre de Dios, que se vene-

ra bajo el título de Guadalupe, con todo, el amor de nuestro corazón exhortamos, por medio de vosotros, á toda la Nación Mejicana á que mire siempre y conserve ese respeto y amor á la divina Madre, como la gloria más insigne y fuente de los bienes más apreciables».

El lector comprenderá que el Papa León XIII *reconoce* lo mismo que los Prelados habían *reconocido*. Por eso termina diciendo: «los dones de su eficazísimo patrocinio redundarán, cada día más copiosamente, en beneficio de la salvación y paz de todas las clases de la sociedad».

Que en distintos vocablos significa: la Virgen de Guadalupe, *Autora y Conservadora* de la paz mejicana, será en las edades venideras fuente de la misma paz.